

Váyase a Viena, y se oirá decir que esta población, como otras muchas del continente, debe a una compañía inglesa el estar alumbrada por el gas.

Váyase al Ródano, al Loira, al Danubio, y se descubrirá que la navegación a vapor ha sido establecida en estos ríos por ingleses.

Tómese informes respecto a los ferrocarriles de Italia, España, Francia, Suecia, Dinamarca; preguntese cuántos fueron proyectados por ingleses, cuántos sostenidos en gran parte por capitales ingleses, cuántos contruidos por empresas inglesas, cuántos dirigidos por ingenieros ingleses. No se tendrá más que desearlo para saber que allí donde los ferrocarriles fueron hechos por el Estado, como en Rusia, fue menester recurrir a ese tesoro de energía, de perseverancia y de habilidad práctica que amontonaran Inglaterra y los Estados Unidos.

Si estos ejemplos no dicen bastante sobre lo que hay de aliento en una raza acostumbrada a depender de sí misma, y de entorpecimiento en una raza sometida a un gobierno paternal, no habrá más que leer los diversos volúmenes de los viajes por Europa de Laing, si se desea estudiar este contraste en sus detalles.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de tal diferencia?

Según la naturaleza de las cosas, el arte de ayudarse a sí propio no puede tener más que una